

## La *Naturae Historia* de B. Arias Montano

Desde el estudio fundamental de B. Rekers<sup>1</sup>, que supone un hito en la interpretación de Arias Montano, en línea con lo adelantado decenios antes de M. Sabbe<sup>2</sup>, no es mucho lo que se ha visto avanzar las investigaciones sobre el gran escriturista. La muerte prematura de A. Holgado Redondo, que en un bello artículo<sup>3</sup> nos adelantaba una mínima parte de sus pesquisas sobre Arias, ha sido una enorme pérdida. De ahí que, pese a los trabajos —valiosos, sin duda— de Orella y Unzué<sup>4</sup>, D. Domenichini<sup>5</sup>, Melquíades Andrés<sup>6</sup> y Octavio Uña, continúa vigente el lamento de Angel Alcalá:

«Benito Arias Montano (1527-1598) es uno de los grandes hombres del siglo XVI español que sigue siendo poco menos que desconocido, incluso para el especialista en humanismo renacentista, en exégesis bíblica o simplemente en historia cultural de España. Abundan, a la mención de su nombre, epítetos facilones y retóricos, como todos los rutinarios. Pero sus obras, desde la *princeps* de hace cuatro siglos y alguna vieja edición posterior, continúan ignoradas, intraducidas de su bello latín, y sus manuscritos, apilados buena parte en El Escorial en espera de luz. Lamentablemente, el hombre de mediana y aun de superior formación muy poco puede añadir, y aun eso, si es que los conoce, a títulos como los de *Jerónimo español*, *Emulo de fray Luis*, *Rey de nuestros escriturarios* y otros semejantes que desde su propio tiempo se le viene aplicando»<sup>7</sup>.

La novela *Un sambenito para el señor Santiago*<sup>8</sup>, de la profesora Magdalena Guilló, si bellamente escrita, se sitúa en parámetros distintos a los de la demostración razonada y fehaciente, como es lógico en su género. Inédita continúa, salvo mejor noticia, la tesis que en Sevilla presentara el año 1981 M.<sup>a</sup> Angeles Durán sobre el *Montano y su trabajo de Optimo Imperio*. Por último, la edición facsímil de los *Monumenta* de Arias<sup>9</sup>, hermosamente impresa, está acompañada de un Exordio y Bibliografía que Antonio Holgado, pese a su proverbial benevolencia, no duda en calificar de «lamentables»<sup>10</sup>.

Con la ilusión de contribuir, siquiera fuere en grado mínimo, a mejor entender el pensamiento de Montano, de quien me interesan espe-

cialmente las reflexiones filosóficas, emprendí con temblores y zozobras la lectura de su *Naturae Historia, prima in magni operis corpore pars*. Utilicé el bello ejemplar que se conserva, junto a otras obras de Arias, en la biblioteca del Centro de Estudios Extremeños<sup>11</sup>.

Es obra muy extensa, escrita en el depurado latín que Arias supo manejar. No parece, sin embargo, haber atraído la atención de los investigadores. El mismo M. Bataillon, en su ya clásico *Erasmus y España*, sólo le dedica cinco líneas, que apenas nada dicen sobre aquel trabajo enciclopédico<sup>12</sup>.

Y no uso este adjetivo a la ligera para calificar la labor montaniana. De ahí que sería insolente pretender resumirla en las pocas páginas de un artículo, debiendo limitarme a dar cuenta de lo fundamental y siempre desde la perspectiva preferente de lo que acostumbramos a entender como filosofía.

Sabemos que Arias Montano, en los años finales de su existencia, proyectó una especie de Suma donde desarrollar sus enormes saberes. Este *Opus magnum* debía constar de tres partes, simbólicamente tituladas «Corpus», «Anima» y «Vestis». (No es raro —indiquémoslo de pasada— que los cultivadores de la teosofía, M. Roso de Luna a la cabeza, tan admiradores de Montano, se entusiasmen con estas denominaciones). Nunca apareció la tercera y última. En 1593 salía a la luz el *Liber generationis et regenerationis Adam, sive De historia generis humani. Operis magni pars prima, id est, Anima*<sup>13</sup>. La que ahora nos ocupa, firmada durante las Calendas de enero de 1594 en el conventual santiaguista hispalense, según reza la introducción, aparecería, ya póstuma, siete años después.

En realidad, se trata sólo de la parte primera del segundo cuerpo de la trilogía, la *prima-secundae*. Montano se queja de que, pese a trabajar incluso los días festivos («quos in sacris curandis et agendis gratis ponere nulla vetat religio», se apresura a justificar) no puede concluir su labor como le gustaría, interrumpido por toda clase de demandas. Desde luego, llama la atención el lenguaje familista de Montano (parece indudable su pertenencia a la *Familia del Amor*), perceptible desde las primeras palabras: «promissi olim nobis magni operis partem primam...».

Excelente poeta, Montano adelanta el argumento de la obra en una elegía votiva. Confiesa su interés juvenil por las cuestiones cosmogónicas y astronómicas en hermosos versos:

«Nondum ter quinos aetas mea iunxerat annos  
Naturae cum non diceret esse rudis...»

Era un juego para él, nos dice, seguir el movimiento de los astros, las fases de luna, la alternancia de equinoccios y solsticios... Ese joven, que con apenas catorce años compone el *Discurso del valor y correspondencia de las monedas antiguas castellanas con las nuevas*<sup>14</sup>, irá acrecentando de forma extraordinaria saberes plurales. A todos ellos ha de recurrir para exponernos su visión de la naturaleza.

No sin base emitía su juicio el censor, cuando comenzaba la «approbatio» escribiendo: «Haec insignis et elaboratissima Naturae Historia, auctore Reverendo Domino Benedicto Aria Montano, celeberrimo et doctissimo...».

Historia Natural ésta de Arias que, sin embargo, tiene como base y guía supremas las Sagradas Escrituras —fundamentalmente el Antiguo Testamento—, que Arias interpreta de forma literal. Para mejor asegurarse la pureza del discurso que considera revelado, trabaja con el texto hebreo. Me atrevo a decir que la obra no es sino una gigantesca paráfrasis de los primeros capítulos del Génesis, desmenuzados palabra a palabra por este gran concededor de las lenguas semíticas.

En el relato de la creación, vida en el Paraíso, tentación y caída de Adán y Eva, se sitúa el universo discursivo de Montano. Desde ahí, aunque sin perder nunca las referencias bíblicas, incidirá en las más variadas cuestiones.

La obra propiamente dicha se estructura en las siguientes partes:

- Anotaciones preliminares, pp. 1-40.
- Tratado sobre la Profecía y los Profetas, pp. 40-134.
- Tratado sobre los Angeles, pp. 135-148.
- Tratado sobre la Naturaleza, pp. 149-246.
- Tratado sobre el Hombre, pp. 247-525<sup>15</sup>.

Pese a los equívocos que el título puede inducir con la parte primera sobre el Alma, las anotaciones preliminares nos dicen que están concebidas «in praefationem historiae generis humani». Prosigue, pues, esa historia del hombre, que Montano empezase en su *De Anima* y continúa aquí. En esta ocasión, de modo reiterativo, se ocupará antes con preámbulos teológico-escriturarios y la exposición del marco natural donde el hombre aparece.

Resaltemos algunos puntos notables del prefacio. En primer lugar, ese atisbo de la aún tan lejana etología, cuando leemos en Arias que

«... Ad humanae vitae institutionem multa ex animantium ceterarum<sup>16</sup> ingenio, natura et exercitatione disci cognoscique posse...».

Por lo demás —leemos en esta primera página— el hombre es un animal, pero el más importante de todos. En muchos otros lugares ha de insistir Montano sobre la dignidad, el valor supremo de ese microcosmos (así lo considera) que es el hombre. La especialísima forma en que fue creado, con intervención directa de Dios, según el Génesis, es para Arias el argumento definitivo.

Otra idea, más desarrollada después, encontramos ya casi de entrada: «Non otiosum in vita esse posse» (pág. 2), que nos dice la fuente próxima del *Discurso contra la ociosidad*, compuesto por Pedro de Valencia.

Por último, resaltaré la importancia que Montano atribuye al saber, como base de una sociedad feliz. La ignorancia se traduce en crueldad, afirma quien tanto se opuso a los métodos represivos, tanto en política, como en educación.

Dios, cuya existencia también puede ser conocida por la luz de la razón, según unas breves páginas que tratan «de nominibus divinis» y evocan la memoria del amigo fray Luis, ha hablado a través de los Profetas. Los elogios de Montano a Moisés superan cualquier consideración y hacen sospechar, inevitablemente, en segundas intenciones. Se nos ofrecen también interesantes consideraciones sobre la interpretación de los sueños, la capacidad de ver el futuro y la adivinación en general, poniendo en guardia sobre el «vario et multiplici vanarum sortium genere...». Pitonisas, nicromantes, quirománticos... harán furor en una Europa obsesionada por las brujas, tema que Pedro de Valencia ha de exponer a la Inquisición con el sentido común y la serenidad desmitificadora, hasta hacerlo inofensivo, que sin duda aprendió del maestro.

Tras unas breves consideraciones acerca de las naturalezas angélicas, aborda el estudio de los seres corpóreos. Las «rerum rationes» están contenidas, proclama, en la Torah, doctrina o ley de Dios (pág. 149). Allí se encuentran explicadas desde su origen mismo. Por eso, Montano escribe, situándose conscientemente en un plano distinto al de la razón, que

«prima rerum omnium causa Dei bonitas fuit»

por más que resulte difícil entender de qué las compuso:

«han vere NATURAM dicimus Philosophis exteris et a veritate Dei alienis ignotam» (pág. 150).

Esta materia dual combina sus dos principios en diferente propor-

ción, originando así las distintas cosas, bajo la constante virtud y dirección del espíritu divino.

Este licor geminal y primigenio, densificándose o rarificándose bajo el soplo de Dios, va constituyendo todas y cada una de las partes del universo mundo. El firmamento, los mares, la tierra, los animales... surgen bajo el impulso creador.

Pero cabe también acercarse a las cosas no solamente conducidos por el verbo revelado, sino «*ex mathematicarum artium definitionibus et praeceptionibus*» (pág. 158). En efecto, Montano suscribiría también, con Galileo, que el libro de la naturaleza ha sido escrito por Dios en el lenguaje de la matemática, de cuya ciencia expone a continuación las nociones básicas que va a utilizar: punto, línea, superficie, esfera, diámetro, etc.

Proclama Montano la armonía universal, exponiéndola en torno a la idea de centro:

«*Centrum enim cuicumque rei esse necessarium probamus*»

escribe (pág. 159). En el centro confluyen las fuerzas y facultades de cada ser. En él y desde él se entiende cada cosa.

Dios, por su parte, es a la vez el centro de todo el mundo. Es el espacio, la esfera, el centro infinito. Montano, el supuesto paradigma de la ortodoxia, lo define en términos que habrían dado quebraderos de cabeza a un Ortí y Lara en su lucha contra el panenteísmo (panteísmo acusaría éste) de los krausistas.

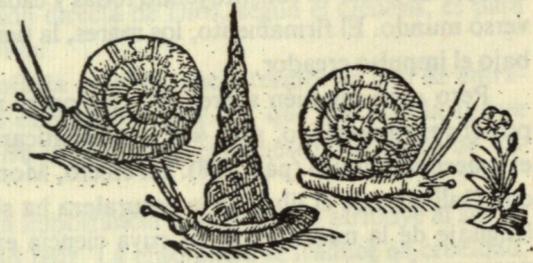
«*Igitur Deum sphaeram dicemus principio ac fine, terminoque carentem omni, cuius infinitum quoque centrum ipse est. Sphaeram autem non corpoream, neque corporibus quicquam simile in se habentem, sed spiritum singulariter purum... omnia complementem*» (pág. 168).

Establece Montano la arquitectura del universo, que ilustra con este dibujo de circunferencias concéntricas, como un gran todo radial. Dios constituye el núcleo dinámico, del que la cosas dependen para ser y existir. Hay una relación matemática y física entre todos los seres.

Inicia ahora Montano el estudio de los principales sujetos de este cosmos armónico, antes de llegar al hombre: el firmamento y los astros, el sol, la luna, la tierra, los montes y ríos... (pág. 173).

Para explicar el fluir de los manantiales y ríos, presenta unos razonamientos, ilustrados con los dos dibujos que se producen, cuya lectura ha hecho pensar en el frexnense como antecesor de la teoría pascaliana de la presión. No hay que olvidar la estancia de Montano en un país en

lucha permanente para reducir el líquido elemento mediante los más ingeniosos sistemas (pág. 209, 210 y 283).



Continúan sus largas explicaciones, intentando conciliar los textos bíblicos con el saber de la época, sobre fenómenos como la alternancia de las estaciones, el rayo y el trueno, la lluvia, etc.

También se ha considerado un antecedente de Buffon y Linneo el largo trabajo clasificatorio de Arias sobre plantas y animales. Se acumulan minuciosas explicaciones acerca de semillas, flores, árboles, insectos, peces, aves... hasta los grandes mamíferos. De todos y cada uno ofrece características principales, utilidad que ofrecen al hombre, lugares donde se hallan, etc. En algunos casos —ver, por ejemplo, lo que escribe sobre el cerdo— la descripción se entremezcla con claros prejuicios ideológicos. Desde luego, no podían faltar las conchas y caracolas, de las que lo sabemos tan aficionado.

Y comienza el tratado sobre el Hombre que, según indiqué, ocupa la mitad del libro. El mundo ha sido hecho por Dios para que el hombre lo domine y disfrute. Entre ambos sujetos existe una similitud por voluntad creadora de aquél, fundamento de la antropología montañiana. Luego de un auténtico ensayo sobre iconografía, Arias confirma sus conclusiones acerca de la dignidad del hombre, vicario en la tierra de Dios, con unos versos de las *Sátiras* de Juvenal, sorprendente recurso para quien apenas suele apoyarse sino en el texto bíblico:

« . Separat haec (natura) nos  
a grege motorum, atque ideo venerabile soli  
sortiti ingenium, divinorumque capaces,  
atque exercendiis, capiendis que artibus apti,  
sensem a coelesti demissum traximus arce... »

(pág. 358)

Este hombre cuasidivinizado, muy lejos de la misantropía medieval, en clara proyección renacentista, conserva, no obstante, una admirable sociedad con los animales e incluso con los corpóreos inanimados. Expresándose ahora en primera persona, Arias define así la meta que en este mundo, auténtico hogar para él, ha de conseguirse:

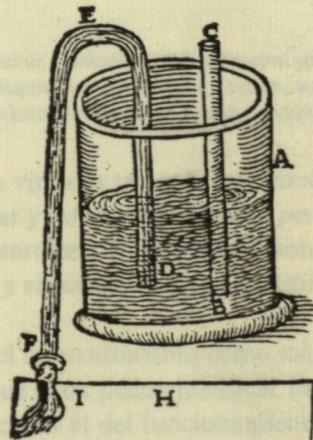
«Nos superiorem inferioremque mundum cum suis ipsorum partibus omnibus, spaiantia, cognitione, auctoritate et efficientia tenemus et gubernamus» (Pág. 361).

Como no podía ser menos, fundamentándose en los textos veterotestamentarios, la superioridad del hombre frente a la mujer es incontestable para Arias, cuya misoginia ha sido siempre conocida.

La desarrollada conciencia civil del autor aparece en el capítulo que titula «Humana societas». Según él, la utilidad del común está por encima de los intereses particulares. El hombre es sociable por su propia naturaleza, que le demanda el trato con los semejantes. No puede ser feliz viviendo solo, ni alcanzar el dominio sobre el mundo —según el Creador le impone— sin la colaboración de los otros.

La primera y básica sociedad es la que el hombre establece con la mujer (su parte «sesquialtera», en expresión matematizante que Montano utiliza). Amor mutuo, concordia permanente e incluso amistad pueden y deben darse entre ambos sexos.

De la etimología del hombre «Adán» (*Adamah* = tierra fértil), deduce la condición trabajadora, más en concreto, agricultora del hombre. Por su propia condición, está vocacionado para mantener la tierra como un vergel, sin degradarla, como un paraíso donde todos pueden ser felices.



Tras extenderse analizando los textos en torno a la tentación y caída de Eva y Adán (con abundantes apuntes sobre la debilidad femenina y otras observaciones más atinadas de orden psicológico), Montano nos sorprende con un discurso que entendemos dirigido a los familistas. A partir de la página de la 402, habla de un saber iniciático, desconocido para los filósofos, más aún si son Griegos, e incluso para los teólogos que trabajan con categorías helénicas. El mismo —dice— estuvo ajeno a tal sabiduría hasta que se introdujo en el «Sanctuarium Dei», junto con sus condiscípulos, gente sencilla, cultivadores del único patrimonio valioso: la CARIDAD. En ella se basa la comunión de bienes.

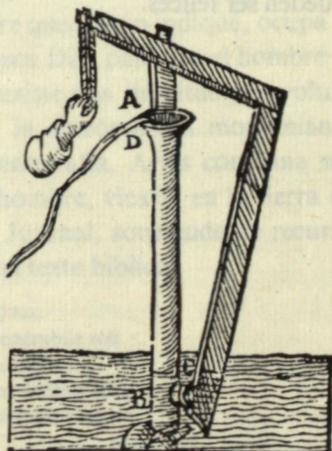
Tal saber se fundamenta en lo que Dios ha revelado, si bien Arias apostilla

«quandoquidem divina effata verae et constantis scientiae fontes limpidissimi et perpetui sunt» (pág. 405).

aludiendo así un problema escriturario-teológico de indudable alcance. Saber, explica, que no se propone instituir ninguna nueva doctrina, ni entrar en conflicto con epicúreos, estoicos o perpatéticos, ni establecer ningún nuevo culto. Busca sólo contar a los demás, fiel y sinceramente, para consolación de todos, lo que el mismo Dios ha manifestado. Así, el hombre,

«magna et aperta cognoscendi facultate praeditus» (pág. 405),

llegará a conocer las formas y causas de los seres sin ser inducido a error.



Me parece muy estimulante arriesgar una lectura, en clave esotérica, de las páginas en las que Montano pone en boca de la serpiente una auténtica teoría del conocimiento. Si no es ahora el momento de emprenderla, quede siquiera sugerida. Bien se sabe que nuestro autor dominaba el arte de cifrar su expresión en códigos secretos.

La naturaleza caída del primer hombre, aunque introduce males sin cuento, no le hace perder su capacidad de raciocinio, por más debilitada que se halle en relación con su prístino estado. Necesita ahora la ayuda de los sentidos, lo que se produce a través del experito. Eso sí, el error acecha. Y como la necesidad es la madre del arte, dice Arias, el hombre caído busca, penosamente, remedio a sus recientes males, procurándose soluciones a su desnudez.

Se sabe que Montano pedía a los amigos le trajesen desde el Nuevo Continente cuantos elementos aquí desconocidos pudieran encontrar allí. Comentando de qué material se harían los primeros padres el «vestido» (no olvidar nunca la función simbólica), nos habla de una hierba

«in modum habilis et utilis nostro iam orbi nota ex America translata... cuius folia et cuspidem acutissimam et fili ad vicem vade tenaces prabet fibras» (pág. 431).

Desde el primer instante posterior a la caída —subraya Montano— el hombre recurre a la labor, la industria, la diligencia para sobrevivir. Ese es nuestro destino para subvenir las necesidades del cuerpo y del espíritu.

Por otra parte, Dios no abandona a su creatura humana, aunque la castigue. La voz divina es audible incluso después de comer la manzana.

Cuanto el Génesis nos cuenta sobre Adán, constituye la historia misma del género humano:

«In unius primi hominis persona et actionibus ac passionibus totius humani generis historiam reproesentari (diximus): quicquid Adamo dictum, factum, actumve fuerit, idem hominibus cunctis pro locis, temporis ac rerum exempla constare» (pág. 446).

Adán, tras el pecado, continúa teniendo virtudes tan valiosas como la capacidad de creer, respetar, amar, confiar y esforzarse. Y no ha perdido su superioridad sobre el resto de la naturaleza. Sí se perturbó hondamente la armonía primitiva entre el alma y el cuerpo, lo que constituye el origen de los males que nos afectan.

Ensalza Montano la caridad fraterna y el humanitarismo como más razonables que sus contrarios, añadiendo que nada puede justificar hacer daño alguno a las personas. Buen conocedor él del funcionamiento

del Santo Oficio (que, no se olvide, llegaría a prohibir la obra completa montaniana en alguna época), no duda en escribir,

Nullum enim a natura etiam prolapsa cuiquam hominum in alterum laedendi ius est» (pág. 461),

tesis que no podía placer mucho a aquel Tribunal.

La tierra sigue estando destinada a que el hombre la utilice. El mal uso de la misma constituye una usurpación injustificable. Tal ocurre cuando se disipan y dilapidan los bienes, que deberían ser para todos. Quienes acaparan como si fuesen los habitantes únicos del planeta, se ven inducidos a las mayores crueldades y, de otro lado, generan irritaciones peligrosas. Abunda Montano, buen conocedor del floreciente mundo europeo, que estrenaba técnicas capitalistas de acumulación, en estas denuncias, más ampliamente explicitadas por el *Dicta:um Christianum*. Como su amigo fray Luis de León, no duda en aconsejar la *aurea mediocritas*, de la que supo rodearse especialmente en su añorada Peña.

La parte última del libro es una reflexión sobre las edades del hombre, desde el nacimiento a la muerte. Aparte las inevitables y casi omnicomprendidas citas bíblicas, aparecen notaciones llenas de sentido común. Como él mismo, abstemio y vegetariano, practicase, recomienda frugalidad y templanza para vivir luengos años.

El niño es un animal que juega e imita: de ahí su ductibilidad para educarse. Todos pueden adquirir una buena formación; si ello no ocurre, es por culpa de los padres o de la sociedad misma, denuncia Montano. Los educadores deben plantearse la formación del alumno en tres planos: la moral, el saber y la capacitación profesional. Son muchos los consejos de tipo pedagógico que Montano delinea. Destaquemos su énfasis en saber aprovecharse de la insaciable curiosidad infantil y excelente memoria. Por lo demás, se opone rotundamente a que los educadores empleen el temor y el miedo, lo que sólo conduce —explica— a engendrar hombres

«ab infantia timidos, pavidos et ignavos (pág. 481)

El recurso de la poesía, la música, el teatro... le merece los mayores elogios. De esta manera

«nec dure ac rigide, nec molliter, sed humane (pág. 485)

se obtienen los mejores frutos. Sumamente valioso es que aprendan a respetar a todos y cada uno de los hombres.

Tras breves consideraciones sobre la juventud, madurez y senilidad,

Montano dedica las veinticinco páginas últimas al tema de la muerte. (Aprender a morir ha sido para muchos la suprema sabiduría). El autor recurre a sus conocimientos de medicina para abordar el tema, aunque continúe inspirándose básicamente en los textos bíblicos.

Como se ha dicho de la Física de Aristóteles (*physys* = *natura*) esta *Naturae Historia* puede versar tanto sobre el arco iris y los volcanes, como acerca del corazón humano o las plantas alucinógenas. El saber enciclopédico de sus autores, y una determinada concepción del mismo producen estas cosmovisiones. La de Montano tiene siempre como referencia última lo que él consideraba verbo revelado, aunque sin disminuir la potencia atribuida a la razón humana. Su lectura justifica bien el aprecio que los intelectuales europeos de la época sentían y manifestaban por el de Fregenal.

MANUEL PECELLIN LANCHARRO

Director de la *Revista de Estudios Extremeños*

## NOTAS

- (1) *Arias Montano*, Madrid, Taurus, 1973.
- (2) «Arias Montano y Barrefelt», en *Revista de Estudios Extremeños*, VIII, 1934, pp. 63-92.
- (3) «El humanismo en la Baja Extremadura», en *Historia de la Baja Extremadura*, t. I, Badajoz, RAEEx., 1986, pp. 299-341.
- (4) *Respuestas católicas a las Centurias de Magdeburgo (1559-1588)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976. Queda evidente en esta documentada obra tanto el enorme prestigio de que Montano gozaba en Europa, como su enemiga a comprometerse públicamente en una polémica antiprotestante.
- (5) Es el autor del excelente «Studio introductivo» a la edición latina del *Dictatum Christianum* de Arias, en Giardini Editori, Pisa, 1984. Este hispanista ha publicado también algunas cartas, inéditas hasta entonces, del frexnense, con ilustrador estudio.
- (6) Ha compuesto la introducción a la edición bilingüe del *Dictatum Christianum* que, con la célebre versión de Pedro de Valencia, se hizo en Badajoz (Diputación P., 1983). Contra lo que resulta evidente (así los hemos defendido en nuestro trabajo «*Dictatum Christianum*: erasmismo en la Extremadura del XVI», apud *Erasme i l'erasmisme*, Universidad de Barcelona, 1986), M. Andrés se empeña en negar la influencia del de Rotterdam sobre Arias.
- (7) «Tres notas sobre Arias Montano», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 296, febrero 1975, pp. 347-378.
- (8) Barcelona, Muchnik Editores, 1986.
- (9) El Escorial, Ed. Swan, 1984.
- (10) O.c., pág. 338.
- (11) Antuerpiae, Ex officina Plantiniana, apud Ioannem Moretum, 1601.
- (12) En la misma admirable obra, Bataillon califica como «opúsculo» el *Dictatum Christianum* de Arias, cuyo texto latino, en la edición plantiniana, consta de 284 págs., ns + 2 s. n., aunque de pequeño formato.
- (13) Antuerpiae, Ex officina Plantiniana, 1593.
- (14) Ver el art. del P. García de la Fuente «Arias Montano, numismata», donde se reproduce el discurso según copia del siglo XVIII, por pérdida del autógrafo original. Apud *RCEEX* I-II, 1928, pp. 271-283.
- (15) Rekers, en la edición castellana del libro sobre Montano (pág. 225, o.c.) atribuye 535 páginas a la *Naturae Historia*. Debe ser una errata de imprenta, pues la obra termina en la pág. 525.
- (16) En líneas anteriores ha ensalzado, con la Biblia, la previsión de las hormigas, la sagacidad del conejo y la araña, el impetu del gallo y el león...